


HEATHER DEMETRIOS



AMO
ODIARTE

A VECES EL AMOR PUEDE ATRAPARTE
EN UNA DOLOROSA OSCURIDAD

 Planeta

CONTENIDO

PENÚLTIMO AÑO

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

ÚLTIMO AÑO

- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Acerca del autor

Créditos

*Para Zach:
Esposo, final feliz
y reparador de
corazones rotos
(Tsatmaeo)*

*I want your ugly
I want your disease
I want your everything
As long as it's free
I want your love*

—LADY GAGA

DE NÚLTIMO  AÑO

Lectuepubgratis.com

1

Quinientos veinticinco mil seiscientos minutos. Es el tiempo que me toma empezar a desenamorarme de ti. Un año. Nuestra propia estación del amor. Ya sabes a qué musical me refiero, ¿verdad, Gavin? Porque no hay posibilidad de que seas mi novio y no sepas que, *por supuesto*, por supuesto, iba a sacar el musical *Rent* a colación. Quinientos veinticinco mil seiscientos minutos de tus labios sobre los míos y susurros en la oscuridad, de que me cargues, y me des vueltas, y tomes mi virginidad, y me jodas la cabeza y me digas que no valgo nada, nada, nada.

Si estuviera escribiendo un musical sobre nosotros, no empezaría por donde estamos ahora mismo: el final. Querría que el público comprendiera realmente cómo fui capaz de engancharme a tu anzuelo por completo. Las chicas no se enamoran de imbéciles manipuladores que las tratan como mierda y les hacen cuestionarse seriamente las decisiones que tomaron en la vida. Se enamoran de imbéciles manipuladores (que las tratan como mierda y les hacen cuestionarse seriamente las decisiones que tomaron en la vida) que ellas creen que son caballeros de resplandeciente armadura. Tu cabalgabas en tu maldito caballo blanco, es decir, un Mustang de 1969, y yo pensé: «¡Mi héroe!». Pero estoy cansada de ser una damisela en apuros. En mi próxima vida seré una reina guerrera ninja que rompa caras, y perseguiré a mierdas como tú. Voy a echarlos a un calabozo y a tirar la llave a un foso para que mi caballería de mujeres ex-

clame «¡Bravo!», y yo me sentaré en mi trono con actitud de «¡Sí!».

Pero no puedo fantasear mucho con mi próxima vida porque todavía tengo que encargarme de ti en esta. Antes de terminar contigo, quiero reflexionar. Quiero volver a nuestra historia parte por parte. Quiero recordar por qué estaba loca de amor por ti. Quiero saber por qué me tomó tanto tiempo darme cuenta de que eres veneno.

Así que voy a empezar con esta mierda como en *La novicia rebelde*: «Empecemos por el principio, un buen lugar por donde comenzar...».

Ahí estoy, en primer plano a la derecha, terminando mi desayuno en la mesa del comedor. Es el invierno de mi primer año de preparatoria. Un martes, que es mejor que un lunes, pero para nada tan bueno como un miércoles. Todavía no estamos juntos, Gav, pero, como dice mi mejor amiga, Alyssa, de exquisito mal gusto, «me la pones muy dura». Acabo de terminarme mi pan tostado con crema de cacahuete y estoy pensando que ayer te vi comiendo un chocolate Reese's con crema de cacahuete y quise lamerte el chocolate de los labios. Porque ese sería el beso más increíble, que Gavin Davis supiera a chocolate Reese's con crema de cacahuete. sí. Tú eres mi lugar superfeliz, lalalá, y ahí estoy, tratando de ignorar a mi padrastro (al que de ahora en adelante llamaré el Gigante), que aporrea cosas en la cocina mientras murmura cosas; yo sé que quiere que le pregunte «¿Qué ocurre?», pero no lo voy a hacer porque es un jodido loco (también es una expresión de Alyssa, que es muy creativa lingüísticamente hablando) y nadie debería tener que tratar con jodidos locos sin cafeína.

El Gigante está molesto.

—¿Dónde demonios está mi almuerzo? —gruñe, ahora más fuerte, mientras mete su zarpa en el refrigerador.

Hoy es el día en que va a cambiar mi vida. Pero, por supuesto, eso no lo sé. No tengo idea de qué tiene preparado la vida para mí. De lo que tú, Gavin, tienes preparado para mí. Lo único que sé es que el Gigante está arruinando mi fantasía con Gavin y de verdad quiero un poco del café

de la jarra, pero no me lo permiten porque ellos así lo dicen. Todo es «porque ellos así lo dicen».

El Gigante golpea su lonchera sobre la barra y la abre. Sólo entonces recuerdo que se me olvidó hacer algo la noche anterior antes de acostarme.

Cierro los ojos y deseo que haya un coro griego que agite los puños hacia el cielo por mí («¡Oh, dioses! ¡Dioses!»), porque esta ligera infracción podría resultar en que pierda todo el fin de semana.

—Perdón —murmuro—. Se me olvidó hacerlo.

Dejo caer la cabeza por la vergüenza. Soy la viva imagen de una «mujer contrita y servil», que es lo que el Gigante siempre quiere ver, pero eso es en mi exterior. Por dentro, adonde el Gigante no puede llegar por mucho que lo intente: «Jódete, hazte solo tu jodido *lunch* y, ya que estás en eso, lava tu propio auto y tu propia ropa, en especial tus bóxers, ¿y podría dejar de limpiar tu baño? Porque tus vellos púbicos perdidos me dan náuseas».

Interpreto este papel de chica pisoteada y cobarde porque tengo miedo. En realidad, estoy aterrada. La poca libertad que tengo es como una delicada pieza de vidrio soplado. El más ligero empujón podría hacer que se quebrara en un millón de pedazos. No siempre fue así. Antes de que mi mamá se casara con el Gigante, en nuestra casa había risas, fiestas de baile repentinas, aventuras. Pero ya no. Vivo en un reino gobernado por un tirano que está empeñado en destruirme.

El Gigante maldice en voz baja y yo quisiera decirle: «Hacerte un jodido sándwich no te va a matar». Es en serio: pan, jamón, mostaza, queso y, ¡bam!, tu sándwich. Por Dios.

Oigo que se abre una puerta en el pasillo y mi mamá entra con su propia versión de «mujer contrita y servil» en la cara. Ella cree que la mugre invisible es real, que los desastres se esconden detrás de cada esquina. Piensa que la muerte se oculta en las grietas del mosaico, sobre las repisas, en el escusado. No está bien.

—¿Qué ocurre? —pregunta, pasando la mirada del Gigante a mí. Frunce los labios hacia abajo mientras me mira,

como diciendo que no son siquiera las ocho de la mañana y ya soy una decepción.

—Tu hija no me hizo el *lunch otra vez*, así que tendré que gastar dinero en el *lunch otra vez*. Eso es lo que ocurre.

—Me mira y casi puedo oír lo que piensa: «Tú no eres mi hija, ojalá te largaras de mi casa de una vez por todas». Añade—: Espero que ni se te ocurra ir al cine el viernes con Natalie y Alyssa.

Gran sorpresa. Déjame adivinar: me toca ser niñera.

No me malinterpretes: aunque Sam es mitad Gigante, lo amo a morir. Es muy difícil odiar a un niño de tres años. No es culpa suya que el Gigante sea su papá, así como no es culpa mía que mi papá sea un cocainómano rehabilitado, o quizá lo siga siendo, que vive en otro estado y que cada año se olvida de mi cumpleaños.

Mi mamá me mira irritada y pasa a mi lado mientras se dirige hacia la cocina sin decir una palabra más. Le da una palmada en el brazo al Gigante y después se toma una taza de café. Dice «Mamá #1», lo cual es diez veces irónico. Me gustaría tener plumones para tazas para hacerlas más auténticas. Por ejemplo, ¿por qué no hay tazas que digan «Una mamá bastante buena que se volvió a casar y dejó de interesarse por sus hijos»? O sea, son muchas palabras, pero si usas una tipografía de 12 puntos, podrías hacer esa taza perfectamente.

El Gigante no sólo pasa a mi lado de camino a la puerta, me *empuja* al pasar junto a mí, me da un hombro como de *linebacker* con tanta fuerza que caigo hacia la entrada y mi espalda choca contra la esquina de la pared. Se me dispara el dolor por la espalda. Él no se da cuenta, o a lo mejor sí. Imbécil. En cuanto cierra la puerta tras él, mi mamá se voltea hacia mí.

—¿Qué te dije de terminar tus tareas? —pregunta—. Ya me estoy cansando de esto, Grace. Primero no enjuagas bien los platos, después es el *lunch* de Roy o los juguetes de Sam. —Alza un dedo amenazador como los dictadores de todas partes—. Más vale que te comportes, jovencita. Estás caminando en hielo frágil.

Según ella, siempre estoy caminando en hielo frágil. Es la topografía de mi vida. Fría, a punto de quebrarse, siempre incierta.

No tiene que decirme qué ocurrirá si el hielo se rompe bajo mis pies. Mi papá prometió ayudarme a pagar el campamento de teatro de este verano en el centro Interlochen, un programa magnífico en Michigan. Estuve ahorrando como loca para ir, trabajando turnos dobles en Honey Pot para ayudar a mi papá a reunir los cientos de dólares que cuesta liberarse del infierno de los barrios residenciales durante unas semanas.

Esta vez, dejo que la cabeza me cuelgue aún más y me convierto en la «hija amedrentada». Es la prima de la «mujer contrita y servil», pero más cansada. Si fuera un musical, la «hija amedrentada» se voltearía hacia el público y cantaría algo como «Soñé un sueño», de *Los miserables*. No quedaría un ojo seco en la casa.

—Perdón —repito con voz suave.

En un acto de voluntad, no dejo que la frustración que se acumula en mi interior se deslice a mi voz, mi boca, mis manos. Para mantener la pose de «hija amedrentada», no despego la mirada de mis Doc Martens rosas, porque una mirada baja proyecta que no vales nada y hace que la otra persona se sienta mejor y aumente la posibilidad de que sea magnánima. Tú me preguntaste una vez cuál era la historia de mis botas; te conté que las encontré en una tienda de segunda mano en Sunset Boulevard y que estaba muy segura de que la chica que las usó antes que yo hacía cosas como escribir poesía y bailar a los Ramones porque cuando me las pongo me siento mucho más artística.

—Betty y Beatrice son mis almas gemelas en zapatos —afirmé, y tú me preguntaste si les ponía nombre a todos mis zapatos, a lo que yo respondí—: No, sólo a estos.

—¡Genial! —exclamaste, y después sonó la campana y yo viví de esa conversación de dos segundos durante el resto del día. Así que, aunque esta mañana mi mamá esté comportándose de una manera atroz, mis zapatos consiguen alegrarme un poco. O sea, todo va a estar bien siem-

pre y cuando en el mundo siga habiendo botas militares rosas. Algún día te diré justo eso y tú me jalarás hacia ti y me dirás: «Te pinche amo tanto», y yo me sentiré como si tuviera cinco millones de dólares.

—«Perdón» —resopla mi mamá—. Si tuviera un centavo por cada vez que dices eso... —Mira el reloj—. Vete o llegarás tarde.

Tomo mi mochila y un suéter, que es lo único que se necesita para el invierno de California. Pienso en azotar la puerta al salir, pero no sería bueno para mí, así que la cierro en silencio y después salgo corriendo por la banqueta antes de que mi mamá pueda pensar en otra razón para estar enojada conmigo.

Tengo que ir a mi lugar feliz. Ahora. No puedo dejar que este sea mi día. Tengo que sacudírmelo, al estilo de Taylor Swift.

La preparatoria Roosevelt está a menos de diez minutos a pie y paso ese tiempo con los audífonos bien metidos escuchando el *soundtrack* de *Rent*, probablemente lo mejor que salió de los noventa. Me transporta a Nueva York, con un grupo de amigos bohemios, a mi futuro. Cuando se estresan, algunas personas corren o meditan; yo me voy al Village. Me imagino caminando por las calles de la ciudad, pasando al lado de botes de basura atiborrados, ratas escabulléndose, *boutiques* y cafeterías *cool*. Hay gente por todas partes. Estoy rodeada de edificios de ladrillo con escaleras de emergencias, salto al metro y fluyo bajo la ciudad de camino al teatro Nederlander, donde voy a dirigir una obra o un musical. Quizás incluso el regreso a Broadway de *Rent*. Para cuando llego a la escuela, la música resuena a través de mi cuerpo («¡Viva la *vie bohème!*!»). Mi mamá, el Gigante y mi casa se astillan y se derrumban, y los reemplaza mi familia real, el elenco de *Rent*: Mark, Roger, Mimi, Maureen, Angel, Collins, Joanne. Estoy bien. Por ahora.

Me pongo a buscarte desde el momento en que llego al campus. Sería difícil no notarte.

Eres como Maureen, de *Rent*: «Desde la pubertad, todo el mundo me mira: chicos y chicas. No lo puedo evitar,

baby».

Tienes un halo *cool* que hace que la gente se quiera inclinar a tus pies, que quiera encenderte una vela. San Gavin. Dejas estrellas a tu paso; siempre que caminas junto a mí, juro que salen chispas de tu cuerpo. El aire cruje, chisporrotea. Te robas el oxígeno, así que me quedo boqueando para respirar, jadeando, acalorada.

Quiero robarme el cuaderno de piel que llevas contigo todo el tiempo. En él escribes canciones y poemas, quizá dibujas. Todo escrito con tu letra, que nunca he visto, pero me imagino que es sorprendentemente ordenada. Si pudiera, entraría a escondidas en tu Mustang *vintage*, tu auto de chico malo, me acurrucaría en el asiento de atrás, en espera de que me destroces o, por lo menos, me cantes una canción. No me sacio de tu andar sexy y escurridizo, de la manera en que tu cabello está perfectamente revuelto hacia arriba. La playera de Nirvana descolorida, los *jeans* de cintura baja, el sombrero negro sin el que nunca te he visto. Tienes unos ojos que son positivamente árticos, tan azules que no dejo de esperar ver olas, o incluso glaciares, en ellos. También tienes una mirada impenetrable, como si tuvieras un millón de secretos encerrados dentro de ti: yo quiero la llave.

Me gustas más cuando tocas la guitarra, inclinándote hacia adelante, con el pie izquierdo ligeramente delante del derecho, las manos tensas rasgueando magia en el aire, profundamente inmerso en la música que sangra de tus dedos delgados y largos. Y tu voz: grava y miel mezcladas, un poco de Jack White y un poco de Thom Yorke. Las canciones que escribes son poesía. Cierras los ojos, abres la boca y algo empieza a girar dentro de mí, más y más rápido, y haría cualquier cosa que me pidieras. Cuando cantas, me imagino mis labios junto a los tuyos, tu lengua en mi boca, tus manos por todas partes.

Eres lo más tóxico de nuestra ciudad de mierda. Un dios del rock abandonado por un cruel destino en un lugar remoto de los barrios residenciales de las afueras, que es por lo menos veinte grados más caliente que en el infierno.

Me gusta pensar que, al ser una chica de Los Ángeles que se vio obligada a mudarse aquí, de alguna manera te comprendo mejor que los demás. Yo sé lo que es oír cláxones, helicópteros y música a todas horas durante la noche. Yo sé lo que se siente pasar por las carreteras y encontrar arte callejero en los rincones más improbables. Yo sé lo que es sentirse viva. Tú quieres todo eso, me doy cuenta. Tú observas todo lo que nos rodea igual que yo: con una silenciosa desesperación.

Birch Grove tiene una novedad que sólo pueden soportar las ciudades de California: donde antes sólo había campos de fresas o maíz, ahora brotan como hongos centros comerciales, escuelas y desarrollos inmobiliarios. Aunque tenemos un Target, un Starbucks y todo eso, es el tipo de lugar que también tiene un rodeo anual. Sólo hay una tienda *vintage* y el centro comercial es lo opuesto a Disneylandia: el lugar más triste del planeta. Lo peor es que aquí todo es igual: las casas, la gente, los autos. Les faltan agallas, abandono salvaje.

Odio Birch Grove con pasión.

Sin embargo, una de las cosas que *sí* me gustan es la escuela: el programa de Teatro, el de Danza y mi maestra de Francés, que es mitad egipcia y fuma cigarros largos detrás del gimnasio. Y, de hecho, me gusta la escuela en sí misma, los edificios. En cierto modo es acogedora, tiene una escala humana que hace que se sienta como un segundo hogar. Me encanta cómo el campus se inunda de sol al aire libre, el enorme prado de pasto en el centro y el estadio exterior, con un escenario de concreto techado que se parece al Hollywood Bowl en miniatura. Es una idílica escuela californiana, aunque a veces desearía ir a un internado de la costa este, con ladrillos cubiertos de hiedra. Si estuviera ahí, usaría un suéter con vestido y tendría un novio llamado Henry que jugaría *lacrosse* y cuyo padre sería un médico de fama internacional. Aunque es una fantasía de caramelo de calabaza que nunca voy a vivir.

Cuando la profesora B me eligió como directora de escena de *La importancia de llamarse Ernesto* y te escogió a

ti para el papel principal, salí corriendo de la escuela y organicé una fiesta de baile en mi cuarto. Quería pegarme a ti como las chicas de la obra y exclamar «¡Ernesto mío!». Así de feliz me puse con sólo estar a unos pasos de ti todos los días después de las clases durante seis semanas. Aunque eran demasiada distancia. Quería que se convirtieran en centímetros, en milímetros. Una vez me diste un abrazo, cuando te reíste de uno de mis extraños intentos de hacer una broma. Aceptaste un pedazo de chicle que te ofrecí. Me sonreíste en los pasillos. ¿Sabes que tienes una media sonrisa perfecta? Es mitad mueca, y completamente enigmática. Claro que lo sabes.

Una vez te pregunté por qué alguien que de noche era un dios del rock de día era un hombre de teatro; me contaste que por una apuesta hiciste una audición para *Cantando bajo la lluvia* (hacía mucho tiempo, en mi primer año), te dieron el papel principal y tu mamá te obligó a aceptarlo. Y te encantó. Me pregunto si, en secreto, todos los *rockstars* son niñitos de mamá que bailan tap.

Te amo, Gavin. Y quizá sea de la manera más superficial, tanto que no puedo aguantarme cuando te quitas el sombrero y te pasas los dedos por el cabello. O cuando te metes las manos en las bolsas delanteras del pantalón mientras caminas a clase. Me pregunto: si las sacaras y las pusieras sobre mi piel desnuda, ¿sentiría todos los callos que tienes por las horas que pasas tocando la guitarra a solas en tu habitación? ¿Tus dedos estarían calientes o serán frescos? Quisiera saber qué se siente tener tu palma contra la mía, como Romeo y Julieta: «Y palma con palma es el sagrado beso de los palmeros».

Todavía no puedo creer que me saludaras cuando me viste en el pasillo. Te parece *cool* que quiera ser directora, así que no tengo que soportar la habitual separación entre elenco y equipo de dirección. También ayuda que mis mejores amigos están en la obra. Hablamos de películas y de quiénes son mis directores favoritos (Julie Taymor y Mike Nichols). Hablamos de música y de cuáles son tus bandas favoritas (Nirvana y Muse). Te respiro como si fueras aire.